

# Lo que la *Fides et Ratio* dice a la filosofía y a la teología

Por P. ARIEL SUÁREZ JÁUREGUI

1. Con la publicación de una encíclica esperada y, luego, bastante comentada y debatida, la *Fides et Ratio*, sobre las relaciones entre la Fe y la Razón, el entonces papa Juan Pablo II le regaló a la Iglesia y al mundo una de sus principales contribuciones magisteriales, que lleva fecha 14 de septiembre de 1998, pero fue hecha pública el 15 de octubre del mismo año. A los 15 años de aquel acontecimiento, hoy hemos sido convocados para intentar redescubirla y repensar si todavía tiene algo válido que decirnos aquella encíclica.

2. En esta breve presentación intentaré inicialmente escudriñar la vertiente más filosófica del documento, pues es en esa dimensión del saber donde me he desenvuelto como docente en los últimos años. Al mismo tiempo, trataré de volver a proponer las líneas principales que sobre la teología y el diálogo de esta con la filosofía se deducen de la encíclica. A nivel metodológico les propongo, pues, dividir mi exposición en cuatro acápites principales.

3. Primero quisiera presentar el panorama o contexto cultural en el cual aparece la encíclica. Segundo, me detendré en la comprensión de la filosofía que emana del documento pontificio y el gran reto que este le presenta. Tercero, subrayaré la concepción que sobre la teología manifiesta el Pontífice y el desafío que se le lanza. Cuarto y último, me gustaría evidenciar la relación entre teología y filosofía que el Papa entrevé y alienta.

## Contexto cultural.

4. Todo pronunciamiento magisterial de un Papa seguramente responde a desafíos, interrogantes, cuestionamientos, desviaciones o provocaciones que le ofrecen sus contemporáneos, creyentes o no, cristianos o no. Esta frase, que podría atribuirse a cualquier documento pontificio, adquiere en el caso concreto de esta encíclica una peculiar relevancia, porque es imprescindible tener presente el contexto cultural de la *Fides et Ratio* para la comprensión del texto. Si no se toman en cuenta esas coordenadas culturales, las palabras del Papa perderían fuerza de provocación y dejarían de ser el estímulo benéfico que se proponen.

5. Los ojos de Juan Pablo II, desde el inicio de la encíclica, tienen un horizonte de enorme amplitud porque su mirada se eleva más allá de la civilización occidental, llega a las grandes culturas de África y Asia, a las que se refiere explícitamente, siendo así el pri-

mer documento de un pontífice en el que se menciona a figuras como Confucio, Lao-Tze y Buda, junto a los grandes pensadores de la tradición grecorromana (Platón, Aristóteles, Cicerón, Homero) y, obviamente, a los autores cristianos.

6. El panorama intelectual que tiene delante el Papa es de crisis y, más específicamente, en el tema que nos ocupa, una crisis de la inteligencia. Esta de fines del siglo XX es una inteligencia que se muestra y se auto-comprende cansada, agobiada por su caminar incierto, inmersa en la duda sobre su capacidad de alcanzar la verdad y dotarse de sentido. Es una inteligencia que parece abocada a un vacío especulativo y, por ende, existencial. Los italianos han acuñado la expresión “pensamiento débil” para referirse al pensamiento imperante en nuestro tiempo.

7. Queda ya poco de las luces fulgurantes que había enarbolado el Iluminismo. El pensamiento contemporáneo, nos dice el mismo Papa, está permeado de cientificismo y de relativismo, los cuales se encargan de presentar, cual dogma infalible, que la inteligencia humana solo puede alcanzar cotas fragmentarias de lo real, pero está imposibilitada de pensar el todo y, justo por eso, es incapaz de llegar a una verdad sobre la que se pueda fundamentar la percepción de un sentido y de una meta para el hombre. (nn. 5, 47, 55 y 82)

8. La propuesta de Juan Pablo II en tal contexto no es la invitación a un pensar más auténtico o coherente que el precedente, sino, con mucha más radicalidad, es invitación a pensar en cuanto tal. De cara al nihilismo y la duda existenciales, el Papa hace prácticamente un acto de fe en el hombre, al defender que la vida humana tiene sentido y valor, que el hijo de Adán no es un individuo encerrado en sí mismo, ni un ser arrojado a un mundo carente de razón de ser y de meta, sino alguien que viene llamado a la vida en plenitud.

9. Ese acto de fe en el hombre está sustentado por la fe cristiana y por el dato de la Revelación, pero supone también, y esto es un punto de vista estrictamente filosófico, que la verdad, la realidad del sentido, puede ser percibida, o al menos entrevista, siempre y en todo momento por la inteligencia humana. De ahí se desprende la vasta y vehemente apología que hace el Pontífice del pensar.

10. El pastor universal se dirige al mundo, pues, para decirnos que los cristianos no nos resignamos al ocaso de la razón ni nos divertimos con su crisis. Al

contrario, afirmamos el valor de la razón. Y todo esto no es accidental ni circunstancial al cristianismo, sino connatural y esencial, pues la fe supone conocimiento, inteligencia del Misterio de Dios y del hombre, y por eso mismo implica intrínseca y constitutivamente a la razón. La frase emblemática del n. 48: “a la parresia de la fe debe corresponder la audacia de la razón”, nos está señalando el camino. Al coraje y arrojo del testimonio de la fe del creyente, debe corresponder una razón viva y fuerte, que se atreve a pensar y, pensando, nos conduce hasta la raíz y el fundamento de todo lo que existe y, por ende, de nuestra propia existencia humana.

### **Comprensión de la “filosofía” por parte de la encíclica. Retos.**

11. Ya desde la modernidad asistimos a lo que se ha dado en llamar una “fragmentación del saber”. Positivamente eso pudo significar un mayor grado de autonomía y de especialización de los distintos saberes, pero al mismo tiempo, contribuyó a un oscurecimiento del horizonte global de comprensión de lo humano. En el campo filosófico eso se manifestó con la aparición progresiva de distintas filosofías, hasta el punto de que, por ejemplo, en el medioevo, uno que se declaraba filósofo no tenía que explicar demasiado a qué se refería. En cambio, cualquiera que desde la época moderna hasta hoy se haga llamar filósofo, inmediatamente debe aclarar a qué corriente filosófica o a qué escuela de pensamiento se adscribe. Por eso, no es superflua la pregunta: ¿a qué se refiere la *Fides et Ratio* cuando habla de filosofía?

12. Una lectura cuidadosa del texto manifiesta que el vocablo se usa, primeramente, según la significación habitual, como **ejercitación de la razón a nivel científico**, y si se quiere una precisión mayor, es un ejercicio singular en cuanto que la razón filosófica no se detiene en la descripción de los fenómenos (cometido de la ciencia, tal como la entienden nuestros contemporáneos), sino que aspira a alcanzar una explicación más honda y acabada o, al menos, a evidenciar en qué sentido y con qué alcance esa aspiración puede ser formulada.

13. También la encíclica subraya, en un segundo momento, que la filosofía es **movimiento de la razón según sus fuerzas naturales** y que la verdad hacia la que **tiende es una verdad que (la razón) puede alcanzar por sí misma**. Se quiere así diferenciar el cometido de la filosofía respecto a la teología, pues en esta última se debe considerar que hay un cúmulo de verdades que la razón no se da a sí misma, sino que las recibe como don gratuito, justo porque son reveladas por Dios.

14. En el número 4 de la encíclica, el Papa hace una distinción entre “pensar filosófico” y “sistema filosófico”, y atribuye al primero la primacía sobre el segundo. En efecto, para Juan Pablo II lo más importante es **filo-**

**sofar**, es decir, interrogarse sobre las cosas, resultado de la admiración y el estupor que suscita la mirada contemplativa sobre el mundo que nos rodea y en el que vivimos, con sus alegrías y tristezas, sus riquezas y sus límites, sus dramas y sus esperanzas.

15. Ese maravillarse ante la totalidad de lo real, y esa meditación e inquietud que de ello nacen, empujan a la inteligencia para que comprenda el mundo y en ese esfuerzo, acuña conceptos, vocablos y argumentaciones que relaciona entre sí dando origen a un pensamiento estructurado y, en ese sentido, a un sistema. Este proceder es válido y positivo, pero los sistemas no deben cerrarse en una falsa complacencia en sus propias construcciones, sino, y lo decimos con palabras del Papa, están invitados a evitar “una soberbia filosófica, que pretende erigir la propia perspectiva incompleta en lectura universal.” (n.4)

16. Otra mirada de la encíclica a la filosofía es entenderla como **realidad histórico-cultural**, esto es, vista a lo largo de la historia, como fuente y motor de procesos humanos importantes, que tienen su origen en la reflexión que el hombre ha hecho de sí mismo y del mundo que le rodea. De hecho, el Papa hace un recorrido por toda la historia de la filosofía e indica sus momentos más luminosos y aquellos más decadentes, llegando incluso a afirmar que hay una responsabilidad no pequeña de la filosofía en la crisis socio-cultural actual. Obviamente, aquí no se refiere a la filosofía en cuanto tal, sino como realidad histórico-cultural, que ha conducido al hombre a dudar de su capacidad para alcanzar la verdad, precipitándolo en el escepticismo y el vacío existencial, esto es, en el nihilismo. Y por tanto, a la filosofía hay que volver, para resolver la crisis planteada.

17. Este diagnóstico histórico-cultural nos pone delante del último y más decisivo matiz que conviene destacar a fin de precisar la noción de filosofía que subyace al magisterio del Pontífice. Su percepción de la historia de la filosofía como historia que ha desembocado en una crisis, en una decadencia de la filosofía respecto a lo que le es propio y constitutivo, presupone sin dudas un cierto modo de comprender el filosofar. Más concretamente, una comprensión de la filosofía y de la razón humana que podríamos denominar, sin demasiadas precisiones, como **antropológico-sapiencial**. En efecto, según Juan Pablo II, la filosofía tiene que poder decir algo sobre el ser y el hombre, y específicamente, sobre el hombre en cuanto abierto al ser y fundado en él, o si se quiere, del ser en cuanto respuesta última al interrogarse humano.

18. Los retos que la encíclica plantea a la filosofía se han entrevisto en las líneas precedentes. La filosofía es invitada a regenerarse, a recuperar su valor metafísico y sapiencial, para devolverle al hombre la confianza en la razón y en sí mismo. Sin embargo, nos queda todavía un punto por dilucidar, que nos coloca de alguna

manera en la frontera, o mejor, en el diálogo fecundo que el Papa intenta motivar entre filosofía y teología. Me refiero concretamente a la cuestión: ¿es posible hablar de una filosofía cristiana? ¿en qué sentido?

19. En los números 49, 58, 59 y 76 de la *Fides et Ratio* se trata ampliamente esta problemática. Juan Pablo II considera válida la expresión de **filosofía cristiana**, pero inmediatamente la precisa con tres afirmaciones sucesivas, concretamente en el número 76. Nos dice que con la expresión “no se pretende aludir a una filosofía oficial de la Iglesia, puesto que la fe como tal no es una filosofía”.

20. Recalca luego que “no se hace referencia simplemente a una filosofía hecha por filósofos cristianos, que en su investigación no han querido contradecir su fe”.

21. Entonces positivamente concluye que se refiere, sobre todo, a “un modo de filosofar cristiano, una especulación filosófica concebida en unión vital con la fe”. Y añade que la fe ofrece una contribución doble a la razón. Subjetivamente, ayuda al filósofo a liberarse de la tentación de la suficiencia y a la presunción, que pueden amenazar a todo pensador. Y objetivamente, porque “la revelación propone claramente algunas verdades, que aun no siendo por naturaleza inaccesibles a la razón, tal vez no hubieran sido nunca descubiertas por ella, si se la hubiera dejado sola”.

22. La filosofía cristiana, tal y como la entiende el Papa, es, en síntesis, filosofía en sentido pleno y vigoroso, esto es, saber racional, fruto del proceder según razón de una inteligencia que reconoce la verdad de la revelación, pero que, en ese momento concreto de su proceder, no se fundamenta en ella. Luego, se reivindica la plena autonomía del filosofar, pero se descarta la vana suficiencia de querer filosofar de espaldas o contra la fe, porque entonces la razón decretaría así su automutilación, ya que, tendiendo de suyo a la verdad, estaría desechando *a priori* un amplio diapason de la verdad, en este caso, la verdad revelada.

### **Comprensión de la teología por parte de la encíclica.**

23. Las consideraciones precedentes nos han llevado de la mano a fijar ahora la atención sobre la teología. ¿Qué entiende por teología el texto que analizamos? Ya desde el inicio, en el número 14 y más adelante, en los números 42 y 43 de la encíclica, nos damos cuenta que el Papa se sitúa, por así decirlo, en la comprensión clásica de la teología. La alusión a las expresiones agustinianas que dan título a los capítulos segundo y tercero del documento así lo evidencian: *intelligo ut credam, credo ut intelligam*. Y obviamente, es explícita la referencia a la síntesis anselmiana del *fides quaerens intellectum*, así como la presentación de santo Tomás de Aquino como “maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología” (n. 43).

24. Es verdad que la encíclica como tal no busca ofrecer una definición específica de teología. Sin embargo, en distintos momentos del discurrir de la misma nos regala el Papa tres afirmaciones importantes: La teología es la “elaboración refleja y científica de la inteligencia de esta palabra (se refiere a la palabra revelada) a la luz de la fe” (n. 64), “para la teología, el punto de partida y la fuente original, debe ser siempre la palabra de Dios revelada en la historia, mientras el objetivo final no puede ser otro que la inteligencia de esta (la palabra de Dios), profundizada progresivamente a través de las generaciones” (n. 73) y “el objetivo fundamental al que tiende la teología consiste en presentar la inteligencia de la Revelación y el contenido de la fe” (n. 93).

25. Podemos concluir que la teología es la aventura por medio de la cual la inteligencia creyente busca comprender y explicar de forma cada vez más profunda la verdad en la que cree. Es, en resumen: *intellectus fidei*. Sin embargo, y conviene subrayarlo ahora, la teología no afecta únicamente la dimensión racional del hombre porque la Palabra Revelada, que es Dios mismo, al desvelar el sentido último de la vida y de la historia afecta al núcleo mismo de la existencia humana. La explicación del Misterio no es solo análisis académico del sentido y coherencia de la Sagrada Escritura, de dogmas o artículos del Credo, sino, al mismo tiempo y con no menor importancia, explicitación de cómo ese Misterio de Dios ilumina y orienta la totalidad de nuestra realidad y existir. Una sana teología se ocupa entonces, no solo de pensar a Dios, sino de pensar desde Dios y con Él.

26. Aquí vuelve a hacerse palpable lo que habíamos presentado como el gran reto que la encíclica propone a la filosofía, esto es, el carácter **sapiencial** del conocimiento humano. En efecto, si ya la filosofía, aun etimológica y originariamente quiso ser amor y búsqueda de sabiduría, la teología no podrá ser menos. Es más, es sapiencial por su propia naturaleza. Juan Pablo II, para evidenciar esta conexión, hace referencia al texto conocido de *Gaudium et Spes* n. 22, donde se afirma que el enigma que el hombre es para sí mismo encuentra plena luz en el Misterio del Verbo Encarnado.

27. La teología, al tener que ver con Dios y con lo que Dios quiere comunicar al hombre, tiene entonces algo muy importante que decirnos sobre el sentido último de la realidad y de nuestra vida. En el n. 66, el Pontífice aclara al respecto que la teología debe actuar “no solo asumiendo las estructuras lógicas y conceptuales de las proposiciones en las que se articula la enseñanza de la Iglesia, sino también, y primariamente, mostrando el significado de salvación que estas proposiciones contienen para el individuo y la humanidad”.

28. Quisiéramos, en este punto, señalar algo esencial. La verdadera teología es humilde y necesita dialogar con las experiencias y los saberes humanos, pues no le es lícito prescindir de ninguno de ellos. En todo

diálogo auténtico se escucha y se hacen aportaciones. La teología, escuchando la diversidad de ciencias y saberes, adquiere una mejor comprensión del mundo y de los contemporáneos a los que se dirige. Pero como ya apuntábamos, tiene la obligación de aportar algo a ese diálogo. Quizá la gran aportación de la teología hoy, en un mundo dominado por un inmanentismo asfixiante, será recordarnos la dimensión trascendente de la vida humana y justo por ello, la puerta siempre abierta para el hombre a la esperanza.

29. Esa dimensión trascendente se dice también en términos filosóficos, como habíamos visto, dimensión **metafísica**. Con el término se alude básicamente a la capacidad humana de trascender el dato sensible o fenoménico y llegar a la naturaleza de las cosas, a la verdad última, a las esencias o al fundamento de todo lo que existe. Acostumbrados en sede filosófica a emplear esta terminología, Juan Pablo II nos sorprende aplicando esta concepción también al ámbito teológico. Permítaseme al respecto citar algunos textos prominentes, entresacados del n. 83.

30. “No quiero hablar aquí de la metafísica como si fuera una escuela específica o una corriente histórica particular. Solo deseo afirmar que la realidad y la verdad trascienden lo fáctico y lo empírico, y reivindicar la capacidad que el hombre tiene de conocer esta dimensión trascendente y metafísica de manera verdadera y cierta, aunque imperfecta y analógica. En este sentido, la metafísica no se ha de considerar como alternativa a la antropología, ya que la metafísica permite dar un fundamento al concepto de dignidad de la persona por su condición espiritual. (...) Un gran reto que tenemos al final de este milenio es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento. No es posible detenerse en la sola experiencia; incluso cuando ésta expresa y pone de manifiesto la interioridad del hombre y su espiritualidad, es necesario que la reflexión especulativa llegue hasta su naturaleza espiritual y el fundamento en que se apoya.”

31. Y más adelante, en el n. 94 nos dice el Papa, refiriéndose a la Sagrada Escritura: “En cuanto a los textos bíblicos, y a los Evangelios en particular, su verdad no se reduce ciertamente a la narración de meros acontecimientos históricos o a la revelación de hechos neutrales, como postula el positivismo historicista. Al contrario, estos textos presentan acontecimientos cuya verdad va más allá de las vicisitudes históricas: su significación está en y para la historia de la salvación.”

32. De todo lo anterior podemos deducir que el gran desafío que la encíclica lanza a la teología es justamente ir hasta sus últimas consecuencias en la tarea que la define, esto es, ser capaz de mostrarnos todas las implicaciones del anuncio evangélico, pensándolo metafísicamente, yendo más allá de lo narrado y descrito, para manifestar la verdad profunda sobre Dios y sobre el hombre que en todo ello se contiene, consciente

de que esa verdad, por tratarse fundamentalmente de Dios, es infinita y precisamente, pensando a Dios, con Él y desde Él, la razón humana alcanza las cimas de la humildad y de la audacia.

### **Relación entre la Filosofía y la Teología.**

33. El tema de las relaciones entre la fe y la razón, la teología y la filosofía, se ha ido desplegando a lo largo de toda nuestra exposición. Conviene, no obstante, resumirlo y concretarlo a modo de retoque final. La frase inicial de la encíclica: “la Fe y la Razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”, nos afirma que fe y razón se unen en el esfuerzo del hombre por alcanzar la verdad. Al mismo tiempo, es necesario precisar que los itinerarios de las mismas son diversos. La filosofía tiene su punto de partida en experiencias o vivencias bien concretas y a partir de ellas, se levanta desde lo percibido y conocido inmediatamente hasta la explicación y el fundamento últimos. La teología, que tiene en cuenta todos estos datos, parte, en cambio, de la Revelación, esto es, de un Dios que se ha dirigido a los hombres y los interpela; y en ese diálogo, el ser humano se interroga sobre su vida, su destino definitivo, sobre quién es Dios mismo y lo que significa para él.

34. Esta descripción un tanto esquemática nos hace comprender que entre filosofía y teología hay tanta afinidad como diversidad, ya que se refieren en no pocos ámbitos a las mismas realidades, pero las analizan y buscan desde perspectivas y metodologías distintas, aunque complementarias.

35. La encíclica sintetiza cómo ha de ser la relación entre filosofía y teología con una palabra que es, a la vez, una clave interpretativa de dicha relación. Me refiero a la palabra **circularidad**, que aparece en el número 73 del documento y que alude, en una primera aproximación, a una saludable complementariedad y colaboración entre ambos saberes. Lo explica genialmente el Papa en estos términos: “...ya que la palabra de Dios es Verdad (cf Jn 17,17), favorecerá su mejor comprensión la búsqueda humana de la verdad, o sea, el filosofar, desarrollado en el respeto de sus propias leyes. No se trata simplemente de utilizar, en la reflexión teológica, uno u otro concepto o aspecto de un sistema filosófico, sino que es decisivo que la razón del creyente emplee sus capacidades de reflexión en la búsqueda de la verdad dentro de un proceso en el que, partiendo de la palabra de Dios, se esfuerza por alcanzar mejor su comprensión. Es claro además que, moviéndose entre estos dos polos –la palabra de Dios y su mejor conocimiento–, la razón está como alertada, y en cierto modo guiada, para evitar caminos que la podrían conducir fuera de la Verdad revelada y, en definitiva, fuera de la verdad pura y simple; más aún, es animada a explorar vías que por sí sola no habría siquiera sospechado poder recorrer. De esta relación de circularidad con



la palabra de Dios la filosofía sale enriquecida, porque la razón descubre nuevos e inesperados horizontes”

36. Y ya antes, en el número 17, se apuntaba a este concepto, aunque sin mencionarlo. Veamos también el texto en cuestión: “No hay, pues, motivo de competitividad alguna entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización (...) El deseo de conocer es tan grande y supone tal dinamismo que el corazón del hombre, incluso desde la experiencia de su límite insuperable, suspira hacia la infinita riqueza que está más allá, porque intuye que en ella está guardada la respuesta satisfactoria para cada pregunta aún no resuelta”

37. La *Fides et Ratio* ha hablado de la **fe**, básicamente de la fe cristiana, pero ha reconocido como inherente a ella una disposición radical más amplia: la apertura del hombre al infinito, a aquello que puede enriquecerlo, aun cuando implique el sentirse trascendido. Y ha hablado de la **razón**, comprendiéndola como la capacidad de búsqueda, de interrogación, de valoración crítica de las cosas, de petición de razones últimas. Ambas dimensiones conforman el pensar humano y se complementan en virtud de esa interacción o circularidad, haciendo posible que la inteligencia abra al hombre a la plenitud de ser y de verdad para la que está hecho.

38. Fe y razón no son cosas, sino capacidades, virtudes o actos propios del espíritu humano. Teología y filosofía tampoco son cosas, sino saberes, realidades que, teniendo una consistencia objetiva, no se dan en abstracto, sino siempre en referencia a la inteligencia del hombre, de la cual nacen y de la cual reciben continuamente dinamismo y vida.

39. Fe y razón, nos ha recordado el Papa, no son rivales ni enemigas; son hermanas y amigas: actitudes y saberes que se benefician y enriquecen mutuamente en virtud de una circularidad, que es expresión de unidad, tanto del espíritu humano como del universo en cuanto surgido e impulsado por el designio creador y salvador de Dios.

### Conclusiones.

40. A modo de conclusión, quisiera detenerme en un tema que daría por sí solo para muchos comentarios. Toco explícitamente este argumento a modo de provocación, porque así nos podemos escuchar a nosotros mismos y a Dios que nos habla en la conciencia, pues ese diálogo interior es el inicio de todo filosofar y de todo saber, es más, es el origen de toda auténtica y consciente humanización.

41. La encíclica habla continuamente de la **verdad** y, más concretamente, de su búsqueda, pues sabe que ningún hombre está nunca en la plena posesión de la misma y que el camino hacia ella en esta tierra es un itinerario sin descanso. Esa búsqueda continua no significa que nunca se alcance nada. El hombre no

comenzaría a buscar lo que ignorase del todo o entreviese absolutamente inalcanzable. Es la perspectiva de poder alcanzar una respuesta la que induce al hombre a dar el primer paso. Con todo, ¿no debemos ser sinceros y reconocer que quizá **la verdad** es la palabra que más mala prensa tiene entre nuestros contemporáneos y probablemente, entre nosotros mismos? ¿No se le considera un intolerante a aquel que postula que existe la verdad, una y única, para todos los seres humanos? Estudiaba yo en Roma por los años 96 al 99 del siglo pasado cuando un Cardenal le comentó a Juan Pablo II: “Santidad, este mundo tolera todo, menos la verdad”

42. El mundo griego antiguo distinguía opinión y verdad. Si la verdad es eliminada, quedará el reino de las opiniones y se impondrá la opinión del más fuerte. En un mundo sin verdad, los débiles, los pobres, los marginados, quedarán a expensas del arbitrio de los fuertes. San Agustín decía que había conocido mucha gente que engañaba a otros, pero que ninguno de ellos quería ser a su vez engañado. Aun los mentirosos, podemos concluir, quieren ser tratados con la verdad y la reclaman para sí.

43. En el número 29 de la encíclica dice el Papa: “La sed de verdad está tan radicada en el corazón del hombre que tener que prescindir de ella comprometería la existencia. Es suficiente, en definitiva, observar la vida cotidiana para constatar cómo cada uno de nosotros lleva en sí mismo la urgencia de algunas preguntas esenciales y a la vez abriga en su interior al menos un atisbo de las correspondientes respuestas. (...) Es cierto que no toda verdad alcanzada posee el mismo valor. Del conjunto de los resultados logrados, sin embargo, se confirma la capacidad que el ser humano tiene de llegar, en línea de máxima, a la verdad” Adquirir la verdad es, con frecuencia, una tarea ardua, y “*siempre perfectible*” (n. 82), pero no por ello menos real.

44. Este tender a la verdad solo alcanzará su cumplimiento en la escatología, pues el espíritu humano es finito, pero solo se saciará con lo infinito. A este respecto dejemos resonar en nuestro interior esta última cita de la encíclica, tomada del número 17: “El deseo de conocer es tan grande y supone tal dinamismo que el corazón del hombre, incluso desde la experiencia de su límite insuperable, suspira hacia la infinita grandeza que está más allá, porque intuye que en ella está guardada la respuesta satisfactoria para cada pregunta aún no resuelta”

45. Si he contribuido a avivar en ustedes ese dinamismo de su fe y su razón hacia la verdad y el infinito, entonces estaré reconocido y contento por este humilde servicio.